

cerca de la cama una especie de rasquido producido por un instrumento agudo sobre la piedra.

—¡Es un ratón! pensó.

Y tocó ligeramente con los dedos sobre aquella parte de la pared.

El ruido cesó.

Pero al cabo de media hora volvió á oirse de nuevo.

—¡Hola... hizo Artagnan incorporándose penosamente y prestando atención á aquel ruido.

Aquella vez se guardó bien de llevar la mano á la pared.

—Es un prisionero que trabaja por su libertad, se dijo levantando los ojos al cielo en señal de gratitud. El desgraciado se engaña... vendría á caer en otro catabozo! añadió con desesperación.

Y escucho el ruido ligero del hierro con un placer sin igual: había cesado hacía ya mucho tiempo, y aun creía escucharlo.

—Fuerzas, Señor, dadme fuerzas... y yo le ayudaré! Si no podemos huir, al menos seremos dos!

XVIII.

Artagnan había contado con su fortaleza. La abstinencia á la cual se condenó, la falta de ejercicio, la falta de aire, sobre todo, lo habían debilitado extraordinariamente; de manera que ocho días se pasaron aun sin que pudiera levantarse.

Por la noche, y hasta después de las diez de la mañana, sorprendió siempre el ruido ha había advertido. No era ya dudoso para él que aquello provenía de un compañero que la casualidad lo enviaba. Habituaado poco á

poco con la idea de una reunión, respondía con frecuencia á aquel ruido con golpecitos secos dados en la pared.

Hasta el día en que contaba poder cooperar á la obra común, se limitó á reunir los más útiles posibles, y no sin trabajo logró arrancar de la pared una de las grandes agujas que sostenían la colgadura de su lecho, poniendo á su lado una de las escudillas de barro en que su guardián le llevaba la comida.

No sin un violento latido de corazón atacó á su vez una mañana el cimientó de una piedra oculta detrás de las cortinas, reconociendo antes la dirección en que trabajaba su compañero. Había temido aquel instante, porque se figuraba que el prisionero no se atrevería á continuar su trabajo, no obstante sus invitaciones precedentes, pero vió con alegría que desde que su hierro chocaba contra la piedra, su vecino parecía redoblar su energía y su actividad. Se comprende que aquel género de trabajo no avanzaba mucho, y al cabo de una hora Artagnan no había conseguido más que romper dos pulgadas cuando más de una de las cuatro juntas de una loza de pie y medio. Aquel resultado, por pequeño que fuese, contribuyó á animar su valor, y por lo mismo volvió á su tarea con mayor empeño.

Cuando se acercó la hora de la comida, ocultó su trabajo por medio de la cortina y se recostó en el lecho, donde sin par le encontró adormecido. No será necesario decir que á medida que el preso recobraba su salud, el carcelero iba desplegando para su seguridad personal todas sus antiguas precauciones.

—Eres muy injusto, le dijo Artagnan con mansedumbre; ya no quiero más lucha; me has vencido, y aunque tu presencia no me sea de lo más agradable, quiero mejor verte que estar solo.

—¿Si, eh? dijo Sin Par admirado; que queréis ahora tomarme por la dulzura.

—Decididamente tienes el instinto del mal, amigo mío, y comienzo á creer que es por tu salud por lo que te han encerrado aquí.

—Habría preferido que me colgaran, respondió Sin Par con voz sombría.

—¡Oh, qué mezquindad! . . . Tú no dices lo que sientes.

—Es una verdad á medias, porque conservo una esperanza.

—¿La de evadarte, ó ser perdonado?

—No, la de vengarme.

—Vengarte . . . de mí? . . . Tu lo estás ya, porque yo me encuentro aquí por un error, y cumples bastante bien tu oficio para que la luz llegue á mí.

—Hay un hombre, añadió el carcelero haciendo jugar la llave de su pistola, á quien si alguna vez encuentro delante mí, en cualquiera parte que sea, aun cuando fuera al lado del rey ó del cardenal, le haré saltar la tapa de los sesos con esto, ó le daré una puñalada en el cuello.

—¡Ah! . . . ¿y ese hombre quién es?

—No sé su nombre, dijo el asesino con una amenaza desesperada.

—Apostaría á que es el que os mandaba en el Cours-la-Reine?

—Y el mínimo que pagó la puñalada de Bouillon, sí.

—Esto es divertido, ya sé algo, dijo Artagnan.

—¿Le conocéis . . . preguntó con ansiedad Sin Par.

—De vista, sí, solamente de vista, respondió el caballero que se resolvió á explotar aquella disposición particular del carcelero.

Una vez salido Sin Par, Artagnan advirtió que sus

vestidos estaban llenos de polvo producido por su trabajo, y se preguntó cómo haría para desembarazarse de los materiales que iba inevitablemente á sacar de la pared, si su excavación le daba resultado.

Ningún ruido cercano venía por su ventana, y acabó por pensar que acaso daba á algún feso lleno de aguas corrompidas, pero espó ó á la noche para asegurarse.

Vino la noche y enteramente tranquilo por aquella parte, se despojó de sus vestidos á fin de preservarlos de toda huella, y atacó la juntura de su piedra con vigor, admirándose de que su compañero no le ayudara en el trabajo. Pasó toda la noche excavando, ayudado por la luna y por su vista que se había acostumbrado á las tinieblas.

Al día siguiente, —porque en el mes de Julio amanece temprano, —continuó su tarea, y pocos instantes después tuvo la satisfacción de advertir que su vecino lo seguía.

Evidentemente era un perezoso que prefería dormir por la noche.

A medio día Sin Par le llevó la comida y no despegó los labios. Su aspecto era más sombrío que nunca, y Artagnan creyó leer en su rostro una lucha terrible entre sus diferentes deseos de venganza.

Cuatro días se pasaron sin que hubiera ningún cambio en la situación respectiva de aquellos dos hombres si no era que el caballero había llegado á fuerza de presiones sabia mente calculadas, destrozándose las uñas y merced también á hábiles inyecciones de agua entre las junturas, á separar enteramente una piedra.

Aquel la piedra, de pie y medio de longitud presentaba un cubo casi perfecto.

Se concebirá que era en extremo pesada y que había que hacer grandes esfuerzos cada vez que se trataba de retirarla y de volverla á poner. Artagnan procuró sin embargo, reducirla á la mitad por medio de una cuña de madera que hizo hinchar mojándola una vez metida en una hendidura practicada en la espesura de la piedra. Un día entero tuvo que emplear en aquel trabajo, y merced á una lluvia abundante que cayó la

che siguiente, los centinelas no oyeron al choque de los fragmentos que salían de la tronerilla del calabozo de nuestro héroe.

En el alvéolo formado por la piedra separada, Artagnan trabajó sin descansar, pero sin emplear ya las precauciones meticulosas que anteriormente. Por la noche llegó a servirle de un fragmento como martillo, y era tal la espesura de los muros de aquella fortaleza que tenía por nombre la Bastilla, que el ruido casi se amortiguaba enteramente.

Nueve días transcurrieron aún, de trabajo el más duro, y en el hueco de la excavación casi cabía ya la mitad del cuerpo de Artagnan; pero sus progresos picaron seguramente la emulación de su compañero, puesto que sus golpes de martillo respectivos se oían distintamente, y los prisioneros pudieron cambiar algunas palabras ahogadas mutuamente animándose para redoblar su ardor.

Artagnan, que trabajaba con asiduidad, principalmente por la noche, llegó por fin al punto en que la piedra que se presentaba ante él cedió á su esfuerzo, se resbaló y cayó en una cavidad extendiéndose encima del nivel del agujero que practicaba.

Continuó arrastrándose como un reptil, levantó su piedra detenida por una punta y se adelantó llevándola delante de sí. Recorrió de esa manera un camino bastante considerable, como veinte piés, y cuando la piedra cayó por fin en el cuarto donde desembocaba el agujero, era ya de día.

Al ruido que hizo la piedra al caer Artagnan vió á un hombre acostado sobre el lecho situado en la otra extremidad de la pieza, el cual despertó sobresaltado y se levantó con precipitación.

—¡Luis Vijé! exclamó reconociendo desde luego al joven bordelés.

—¿Quién sois?... preguntó el poeta retrocediendo.

—Vuestro vecino de calabozo.

—¡Vos! dijo Vijé adelantándose con los brazos abiertos.

—Sí, sí, amigo mío, respondió Artagnan estrechándole sobre su corazón y llevándole á la luz.

—¡Artagnan! exclamó el joven en el colmo de la admiración.

—¡Vos aquí, vos también!...

—¿Pero vos?...

—Y ella, ante todo, amigo mío, habládmela de ella.

Vijé refirió su llegada á París, la cooperación de Champagne á su entrada al palacio Mazarino, su entrevista, con la Maravilla de los cabellos rubios y lo que siguió á ella, es decir, la entrada del cardenal y su arresto.

—¿Pobre amigo, dijo Artagnan, besando al poeta en la frente, es por mí por quien sufris?...

—Puesto que os he encontrado, todo se olvida; bien sabéis que si amo la vida es por vos.

—¿Pero queréis huir?

Por continuar sirviendoos.

—¡Corazón generoso, cuánto os amo!

—Pero vaya, ya que nuestros calabozos se comunican, no nos evadiremos luego luego.

—El cardenal sabe todo... dijo Artagnan con resolución.

—Menos vuestro nombre.

—Acaso... dijo el caballero alzando la cabeza. ¿No estoy aquí y tratado de una manera...?

—En efecto, cómo os encontráis en la Bastilla?

Artagnan refirió á su vez partida forzada del ejército del duque de Candale, á consecuencia de la superchería de Duretéte; el contratiempo que le había hecho experimentar la ausencia del gobernador el mismo día de su llegada á la Bastilla, y las persecuciones de Sin Par.

En efecto, el gobernador está ausente, dijo el poeta cuando el caballero hubo acabado, y hasta ayer no había vuelto.

—¡Desde hace un mes! es increíble. Tal vez os lo oculten también.

—He aquí lo que ha pasado, porque lo sé todo: yo salgo de mi calabozo durante dos horas cada día y me paseo con los demás prisioneros por la azotea de la torre, platicando también con los oficiales de la guarnición. M. de Besmaux, amante apasionado de la caza, acompañó al rey á Saint-Germain para correr el ciervo; pero un medio del día su caballo cayó y en la caída de

M. Bexmaux se dislocó un brazo. Ese accidente le impidió volver á Paris; pero lo más desagradable del negocio es que el practicante llamado inmediatamente para componerle el brazo no era muy aventajado que digamos en su profesión y ha hecho tan mal la operación que el cirujano del rey fué obligado al día siguiente á deshacer lo hecho y á trabajar de nuevo.

—¡Qué fatalidad! exclamó Artagnan.

—Pero tranquilízase, caballero, yo estoy aquí y ese miserable carcelero no os guardará ya el secreto; soy yo quien os lo dice, yo el número 12! porque no soy más que una cifra, como vos sin duda para todos esos brutos!

Las buenas palabras y la alegría del poeta reanimaron al desgraciado caballero y cosa de una hora se pasó así hablando de todo.

—Pero, dijo Artagnan, ¿cómo habéis podido en un mes hacer un agujero semejante, cuando yo en quince días no pude agujerar más que tres pies á lo sumo?

—¡Ah! eso es toda una historia, dijo el poeta. Durante los primeros días de mi cautividad, meditaba escondido sobre mi lecho buscando distracciones en la lectura de las bellas sentencias filosóficas y oraciones católicas con que están tapizadas las paredes de este calabozo. Unas recomendaban la paciencia, otras el perdón de las injurias; aquellas explicaban lo despreciable de la vida, las de más allá hablaban de otra vida. No faltaban entre ellas algunas que invocaban al espíritu del mal, y después una aspiración á la muerte.

—Todas en latín, á lo que veo, dijo Artagnan dirigiendo sus miradas á las paredes, cuyas piedras tenían sus inscripciones á la altura de un hombre.

—He descifrado todo esto con la paciencia de un benedictino, y he acabado por encontrar en esa tarea un placer real, palabra de honor.

—¡Pobre mucho!

—¡Ah! querido Artagnan, también bendigo hoy á mis padres que, á pesar de su pobreza, pudieron darme algunos estudios, y también al cielo por haberme aficionado á la latinidad. Escuchad: había entre todas esas inscripciones descifradas por mí con bastante facilidad á pesar de sus abreviaturas en estilo lapidario, una sen-

tencia que me fué imposible comprender: no tenía más que pocas palabras: héla aquí; juzgad vos.

Y Vijé enseñó, apoyándose contra el muro, á dos pasos del agujero, una losa bastante ancha, encima de la cual estaba grabado lo siguiente:

AVE MARIA,

Hic. for. in. vinc. coop.

Lib. exi. mor. inter.

Macte.

*

—No trataré de leerla, dijo Artagnan.

—Dos días pasé rumiando esas palabras, añadió Vijé, y por fin una noche, como Arquímedes, logré escribir: «¡Eureka!»—Las palabras «Ave Maria» están únicamente para disimular una oración, á fin de apartar á los curiosos indiscretos; pero lo demás dice así:—«Hic, (est, > se supone) «foramen in vincula captum: liberate exilio (ant, > se deja entender,) «morte interruptum. ¡Macte!»

—Explicadme todo eso y llegaremos más pronto al fin, mi querido sabio.

—«Aquí hay un agujero comenzado en la prisión, interrumpido por la libertad, el destierro ó la muerte del cautivo. ¡Valor!»

—Comprendo, dijo Artagnan, el pobre diablo ha querido que uno de sus sucesores aproveche su trabajo.

—¡Esto es! Es una latinidad excelente, pero tuve valor! Me eché á todo riesgo sobre la piedra y cedió. Encontre detrás una colección de instrumentos muy ingeniosos, después un orificio profundo, y á fe mía que no vacilé en continuar la obra. Pero por ejemplo, cuando comencé á atacar las piedras del fondo, no dudaba que érais vos quien me animaba.

Hablaron así toda la mañana, y después Artagnan se levantó.

—Me salvo, dijo, bien pronto llegará la hora de comer, y mi verdugo va á venir.

—No lo será ya por mucho tiempo, os lo juro, y si no os ponen pronto en libertad lo extrangularemos entre los dos.

—Hasta más ver, dijo Artagnan deslizándose por el agujero, sobre el cual Vijé colocó la losa con cuidado.

XIX

Vijé se había hecho amigo entre los pasantes de la azotea, y entre otros contaba al cardenal de Retz que había tenido ocasión de verlo antes en la casa de Barada, y le había tomado gran afecto. Le refirió inmediatamente el estado de secuestro en que un carcelero subalterno, tenía de autoridad propia á un gentil hombre. El coadjutor brincó de cólera, y aunque el poeta no le ocultara que se trataba de Artagnan, capitán de las guardias y favorito de Mazarino, porque el pobre caballero pasaba por tal, bien gratuitamente por cierto, y por consecuencia uno de sus enemigos políticos, de un salto se puso cerca del oficial de servicio que se paseaba igualmente en la azotea.

—Señor, le dijo con los ojos animados y el rostro encendido de indignación, ha vuelto por fin el gobernador?

—Todavía no, monseñor, respondió el oficial pero lo esperamos hoy mismo.

—Entonces, señor, os ruego me lleveis delante del teniente del rey ó le hagais subir aquí. Deseo hablar con él de cosas bien graves.

—A fe mía, monseñor, dijo el oficial saludándola, se diría que vuestra Eminencia cuenta como un hada, porqué ved al gobernador en persona.

En efecto, Besmaux, de vuelta hacia una hora, con el brazo atado, comenzaba la visita de las diferentes partes de la prisión de Estado. Recibió al coadjutor con la más profunda deferencia, y le preguntó, no sin ansiedad cual era la causa de su viva agitación.

—Señor, respondió Condi, hay en estos momentos secuestrado en uno de los calabozos de la Libertad, un gentil hombre de vuestros amigos, compatriota nuestro, y si no me equivoco como consecuencia de una venganza personal de parte de un carcelero.

—Es imposible, monseñor, respondió el gobernador inclinando la cabeza.

El carcelero en jefe de la Libertad es un buen hom-

ber; muy rígido acerca de la disciplina y el reglamento pero incapaz de una bribonada.

—Señor, es afirmo que lo que os digo es verdad

—Sabe vuestra Eminencia el nombre de ese gentil hombre?

—El caballero de Artagnan, respondió M. de Condi.

—¡Artagnan! él en la Bastilla! Es imposible. Es un error!

El coadjutor se volvió y dirigió á lo lejos una mirada interrogativa á Vijé, quien se puso un dedo sobre los labios.

—Libertad, número 14, señor gobernador, no lo olvidéis, añadió el cardenal.

—Voy inmediatamente, dijo Besmaux; pero antes, agrego volviendo sobre sus pasos, debo anunciaros, monseñor, que he recibido órdenes relativas á vos: vais á dejar la Bastilla.

—¡Libre!... hizo el cardenal con admiración.

—¡Oh! no tanto, monseñor, vais á pasar á otra prisión de Estado. Dignaos hacer vuestros preparativos que yo me voy á ocupar inmediatamente de M. de Artagnan, dijo el gobernador dejando la azotea, porque recordaba la inquietud en que había encontrado á Mazarino respecto de la suerte de su compatriota, el día que partió para aquella casería que le tuvo por tanto tiempo separada de su puesto.

—Hace un mes se dijo: el cardenal debe estar muerto.

Mientras tanto el coadjutor se despidió de todos los prisioneros, dando á besar su mano á Vijé.

—Hijo querido, le dijo, escribiré al cardenal, y si no os ponen libre, no será mía la culpa.

—Monseñor respondió Vijé, si me estimáis en algo, no digais nada sobre mí al cardenal, os lo suplico, es la mejor manera de serme útil.

Antes de dirigirse al calabozo de Artagnan, Besmaux creyó de su deber, por prudencia, consultar el libro de entradas con relación al número 14 de la Libertad.

Cuando llegaban al umbral de su habitación en el piso bajo de la cual se encontraban las oficinas de administración y su gabinete, el puente levadizo se bajó

con su estrépito ordinario de cadenas y de contrapuentes. A fin de ver al nuevo prisionero que llegaba, se detuvo, pero se encontró con el teniente del crimen M. Tardieu que bajaba del carruaje.

Iba seguido de un hombre envuelto en una capa, á cuya fisonomía estaba habituado Besmaux; por lo mismo lo miró con espanto.

—Vengo á negocios, señor gobernador, dijo el teniente del crimen después de hacer una seña á su acompañante para que entrara en el cuerpo de guardia.

—Se trata de interrogar á un prisionero enviado por M. de Candale hace cosa de tres semanas.

—Veamos los libros, dijo Besmaux introduciendo en su gabinete á M. Tardieu.

Besmaux abrió un grueso registro y recorrió todos los días trascurridos desde aquel tiempo, llegando hasta el 16 de Junio.

—Veo aquí, dijo un prisionero enviado por M. de Candale, registrado bajo el nombre de Duretete.

—Ese es precisamente á quien vengo á interrogar, dijo el teniente del crimen.

—¡Hola!... hizo Besmaux... está encerrado en la libertad número 14.

Y el gobernador reflexionó profundamente: no sabía como conciliar el tenor del asiento, apoyado en la carta de remisión, con lo que le había revelado el coadjutor y acostumbrado como lo estaba á la sagacidad y las maquinaciones de Mazarino, no se atrevía á levantar el velo del misterio que ocultaba aquel negocio.

En consecuencia, se reservó para esclarecer por sí mismo la aventura, é hizo conducir al magistrado y su escribano á la prisión.

Sin Par sintió sobre manera la llegada de M. Tardieu, y sobre todo cuando el carcelero en jefe de la Libertad manifestó la intención de acompañar por sí mismo al magistrado al número 14 y marchó en seguida delante de él para enseñarle el calabozo; pero había dicho con tanta frecuencia á su superior que aquel prisionero era loco y furioso, que esperaba salir del mal paso por donde su animosidad lo llevaba.

El carcelero abrió la puerta del calabozo, y encontró Artagnan á sentado sobre su lecho sumido en las re-

flexiones que la esperanza, entrada últimamente en su corazón, hacia nacer en su imaginación, puso un escabel en medio de la cámara y mientras que el escribano iba á apostarse en el lugar donde la luz era más viva á fin de ver mejor para la redacción del proceso verbal, el teniente del crimen se sentó en el escabel y despidió al carcelero.

Artagnan siguió aquellos preparativos con sorpresa; pero se sentía algo alarmado por las apariencias que su negocio comenzaba á tomar. Saludó, pues, á M. Tardieu con la más exquisita política, porque le reconoció perfectamente, y sin añadir una palabra se dirigió tranquilamente al lugar donde la luz proyectada por la ventanilla le diera en el rostro, con gran disgusto del escribano.

—¡Señor Artagnan! exclamó el magistrado en el colmo de la admiración.

—Sí, señor, soy yo.

—¡Vos!... Pero ese belitre ha equivocado seguramente el calabozo.

—No, señor, no lo creo, porque si estoy aquí es por un error muy singular.

—Sería extraño en efecto. Explicaos.

—¿Venís acaso para interrogar á un llamado Duretete?

—Precisamente; ó más bien á un espia del príncipe de Condé.

—Pues bien, soy yo que por una de esas maniobras tan comunes en las guerras de escaramuza ó de sagacidad, me encuentro sustituyendo al que quería yo mismo enviar al cardenal de acuerdo con M. de Candale.

—Es bien posible.

—Señor teniente del crimen, os doy mi palabra de gentil-hombre.

El magistrado se quedó pensativo un instante.

—Señor Artagnan, replicó después; quiero creer lo que afirmáis; pero tengo deberes que llenar y no me es permitido interpretarlos. Por lo mismo, reservándome lo que las circunstancias puedan presentar de favorable á vuestra causa, procederé á vuestro interrogatorio.

—Es que no puedo aceptar la situación tal cual se presenta. No sin reconocimiento y haciendo justicia á

vuestra benevolencia, os manifiesto que me es imposible responder á ninguna de las preguntas que podáis dirigirme.

—Sin embargo...

—No revelaré nada, más que á Su Eminencia.

—Señor, os repito que debo llenar mi ministerio, y que sería desobedecer el mandato que me ha dado Su Eminencia, retirarme de aquí sin haber interrogado ántes.

—Os juro que tengo el deseo más grande de reconocer vuestras bondades, pero no responderé nada.

—Cuidado, caballero, dijo M. de Tardieu frunciendo las cejas.

—¡Ah! supongo que no entrará en vuestra misión ni en vuestro deseo someterme por medio de extremos alictivos?

—Señor Artagnan, la justicia tiene obligaciones y formalidades con las cuales un magistrado no podía transigir. No queréis responder, sea; el hecho será consignado en mi proceso verbal; pero no puedo ocultaros que estaba previsto al caso, y que en consecuencia tengo el expreso mandato de obligaros.

—Sí señor, que tenéis la reputación de un magistrado severo ó rígido; pero os creo también un hombre honrado. Tenéis la misión de interrogar á un llamado Duretéte, ó en su lugar á un espía de M. de Condé. Bien sabéis que mi nombre no es Duretéte, que el mío es de una antigua nobleza, que me viene de mi padre, un compañero del rey Enrique, lo que me hace enorgullecerme; además, tengo el honor de ser uno de los más fieles servidores de su majestad, y en consecuencia de Su Eminencia. No es, pues, permitido que yo tenga nada de común con un espía de M. de Condé, que está en abierta rebelión contra su rey.

—Todo es muy lógico, caballero, dijo el magistrado levantándose, y me someto á vuestras razones. Aplazo para más tarde mi interrogatorio y... lo que sigue... ¿eh?...

—Os quedo agradecido por esa determinación, aunque debo añadir que nunca aceptaré ningún interrogatorio ni lo que le siga; y que jamás se me hará confesar lo más mínimo.

—Está bien.

—Perdonad, señor, pero si me atreviera á daros un consejo sería que vierais lo más pronto al cardenal y le dijerais lo que pasa.

—A eso voy, caballero, y espero enviaros una orden de libertad, porque pienso, añadió M. Tardieu sonriendo, que efectivamente sois víctima de un error funesto.

Diciendo estas palabras el teniente del crimen estaba ya en la puerta; pero Artagnan le detuvo.

—Perdonad todavía, pero antes de vuestra partida tengo que haceros una queja.

—Hablad.

—Primero os suplico hagáis entrar al carcelero.

M. Tardieu llamó: la puerta se abrió y entro el carcelero.

Artagnan refirió entonces con todos sus detalles las persecuciones de que había sido objeto, lo cual indignó al carcelero quien juró castigar al dependiente.

—El gobernador lo sabrá todo, dijo el teniente del crimen, porque voy á imponerlo en seguida.

M. Tardieu y el carcelero bajaron á la alcaidía, pero Sin Par había desaparecido.

El magistrado subió al carruaje sin decir nada á Besmaux, porque juzgaba que sólo el cardenal debía tener conocimiento de aquel negocio.

Iba á dar la orden á su cochero para que marchara, cuando el hombre que vino á la Bastilla en su compañía se aproximó al carruaje, siempre envuelto en su capa.

—Quedaos aquí, maese, le dijo el magistrado; vuestra tarea sólo está aplazada; y en todo caso no dejéis el castillo sin mi orden.

El hombre obedeció y entró en el cuerpo de guardia.

Una hora después el teniente del crimen era introducido en el gabinete del ministro.

El cardenal, cuando le anunciaron su visita, pensó que podía haber ocurrido algo de extraordinario, pues to que volvía tan pronto. Despidió en consecuencia, á madama de Venelle, la cual, con los ojos enrojecidos por el llanto, estaba de rodillas delante de él.

— Señor, os juro que no he podido descubrir aún, dijo la dueña levantándose.

— Basta, señora, retiraos, y teneos por muy dichosa si no os envío á alguna buena prisión de Estado.

— ¡Ah, monseñor! si yo supiera el nombre de ese caballero, creed que me haría un deber

— Ya lo sabré, es fuerza En cuanto á ella, cederá, ó la romperé como vidrio. Idos.

En ese momento entró M. Tardieu.

— Y bien, señor teniente del crimen, dijo el cardenal que conservaba un mal humor visible después de la entrevista con la dueña de sus sobrinas, ¿haremos colgar ó enredar á ese prisionero?

— Ignoro, monseñor, cuál de los dos castigos merece, porque no ha querido responder.

— Entonces habréis recurrido á los otros medios?

— No, monseñor, porque M. de Artagnan afirma que es inocente.

— ¿Eh? hizo el cardenal M. de Artagnan?

— Precisamente porque protesta de su inocencia, es por lo que M. de Artagnan pretende que es inútil todo interrogatorio.

— ¿Qué me decís? estoy asombrado de ver que M. de Artagnan llega tan á propósito. Qué diablos tiene que hacer en esto. No es á él ciertamente á quien me refiero para juzgar del grado de culpabilidad de un acusado, en tanta que vos, M. Tardieu, tenéis calidad para ello. Veamos, ese prisionero no ha querido responder?

— Monseñor, M. de Artagnan

— Todavía M. de Artagnan! Pero lo habéis visto por ventura para que os haya edificado así respecto del espía?

— Vengo de verlo ahora.

— Sois más feliz que yo, porque hace mucho tiempo que en vano pregunto á todos por él. Le he hecho buscar inútilmente por todas partes.

— Estoy encantado, monseñor, y esto me confirma en la opinión que ya tenía de que no es culpable.

— ¡Eh! ¡Artagnan culpable! No necesito de vuestra fi rmación para estar tranquilo sobre eso. Aquí no se

trata sino de saber si el prisionero es un espía del príncipe.

— Monseñor, creéis que ese prisionero sea culpable sin que Artagnan lo sea?

— ¡Ah, mi querido señor Tardieu, estamos hablando enigmáticamente y no os comprendo. Decidme de una vez qué tiene de común Artagnan con ese prisionero, para que le pongáis en juego eternamente con él.

— Monseñor, difícilmente podremos entendernos, á lo que creo, si no me dejáis hablar libremente. Tenga paciencia Vuestra Eminencia, y responda solamente si ó no.

— Hablad, pues.

— No me ha enviado Vuestra Eminencia una memoria escrita de su mano á fin de que fuese á la Bastilla para interrogar á un prisionero procedente de Burdeos?

— Sí.

— Entonces Vuestra Eminencia se dignará decirme cómo pretende que ese prisionero sea culpable y que al mismo tiempo M. de Artagnan sea inocente, puesto que esos dos personajes no son más que uno?

— Artagnan está en la Bastilla?

— Encerrado, sí monseñor, é incomunicado.

— ¡Vaya que es bien extraño! se dijo Mazarino reflexionando. Seguramente eso no ha sucedido sin motivo Se dejaría ganar Artagnan por el príncipe? ¡Eh, no sería el único.

Esto, señor teniente del crimen, os hace volver á la Bastilla y proceder, cueste lo que cueste, respecto de Artagnan No tenía idea de semejante conducta Cierto, señor Tardieu, os juro que desearía que pudiera justificarse, ha sido mi amigo, pero si es culpable, no tendré piedad para él, porque su crimen será entonces duplicado por su más negra ingratitud.

— No me habéis dicho, monseñor, lo que haré si rehusa contestar

— Si rehusa, le haréis su proceso como á un mudo.

Y . . . la persona que he llevado.

— La haréis volver.

El teniente del crimen saludó para despedirse; pero el cardenal que acababa de tomar de sobre la mesa una

carta de sus sobrinas traída por madama de Venelle, se arrepintió y llamó al magistrado.

— Señor Tardieu, le dijo, hay igualmente en la Bastilla un hombre á quien interrogaréis también, con una piedra mataréis dos pájaros.

— Sobre qué objeto, monseñor.

— Voy á decíroslo, contestó Mazarino levantándose; pero como es absolutamente preciso que vaya á casa de la reina, venid en mi compañía y os daré mis instrucciones en el camino.

El ministro, tomando el brazo de M. Tardieu, salió de sus habitaciones hablándole en voz tan baja que ninguno de los nobles que lo saludaron al paso pudo oír una palabra.

Al acabar las escaleras se encontraron con un hombre que subía.

Éra Barada.

El cardenal le hizo acercar.

— Habéis conocido en Burdeos á Don Marcial? le preguntó.

— Sí, monseñor, contestó el consejero palideciendo.

— Está bien.

Y se pusieron á hablar en voz baja los tres.

XX

Una vez en la soledad, después de la partida del teniente del crimen, Artagnan se dijo por vía de consuelo:

— Vamos, ese buen Tardieu no es tan negro como se le supone y su fisonomía tiene muchas veces rasgos de generosidad. ¡Ah! pero es bien feo, y raras veces no se parece el alma al rostro.

Su corazón se abrió, pues á la esperanza cuando la cortina del lecho se agitó y apareció la cabeza de Vijé entre los pliegues.

— Y bien, dijo el poeta, lo he oído todo. Bravo, esto av bien para vos, según me parece, pero el gobernador está ya informado por mis cuidados.

— Valiente corazón . . . habéis visto á M. de Besmaux?

— Le he hecho hablar.

— Y no ha venido en seguida . . . se dijo Artagnan con tristeza, un antiguo amigo . . .

— Oh, ese gobernador no tiene una fisonomía muy franca, objetó Vijé.

— Es verdad, confesó Artagnan, continuando así la teoría comenzada á propósito del rostro de M. Tardieu. Sin embargo, replicó, tengo que daros un consejo, mi querido Luis, y es el de que entréis lo más pronto á vuestro trabajo: porque estoy seguro de que van á ocuparse de nosotros desde luego. Por lo demás os juro que estaréis tan bien mezclado en mis negocios, que no os pondrán en libertad antes que á mí.

Ya comprenderéis que me sería muy doloroso que no os encontraran en vuestra habitación en el caso de que quisieran carearnos.

— Tenéis razón, me voy; buenas noches. ¡Ah! dijo todavía Vijé volviéndose, si os ponen en libertad antes que á mí, tened cuidado de dejar en buen estado el agujero para consolarme algo conversando con vuestro sucesor.

— Saldréis de aquí, Luis, os lo juro.

— ¡Oh! . . . nada es menos cierto, respondió el poeta inclinando la cabeza, pero quién sabe . . . vuestra tronera y por allí acaso, siendo dos, podía ser fácil la evasión.

— Entrad pronto, que oigo ruido en el corredor.

Vigé se deslizó como una culebra y desapareció.

Artagnan no se había engañado.

La puerta del calabozo se abrió y entró por ella M. de Besmaux.

— Por fin encuentro un rostro amigo, exclamó Artagnan precipitándose en los brazos del recién llegado, pero retrocedió inmediatamente al ver la frialdad con que el gobernador acogió su acción afectuosa.

— Mi querido Artagnan, dijo éste tendiéndole la mano, llevo de viajar y he sabido que formabais parte de los prisioneros que el favor de Su Majestad me ha dado á guardar. Creed que no solamente me he sorprendido, sino que me ha causado una pena honda. M. Tardieu me ha referido su entrevista con vos y la extraña complicación de sucesos de que sois víctima.

— Al menos sois razonable, Besmaux, y no dudo que

me hagáis poner inmediatamente en libertad, así como que habéis castigado de una manera ejemplar al pícaro que me secuestró aquí de un modo tan indigno desde hace un mes.

—Tranquilizaos por esa parte, ha desaparecido desde esta mañana, pero no ha salido de la Bastilla, y el hambre lo hará abandonar el agujero donde se oculta; entonces quedaréis satisfecho.

—Y mi libertad?

—Esto concierne á M. Tardieu, quien conferencia en este momento con el cardenal.

—Pero entre tanto se pasa el tiempo, y me parece que soy un fiel servidor de Su Eminencia para que haya podido tomarse la pena de enviar un correo revocando la carta de prisión.

—Seguramente que no tardará Artagnan; al menos según creo daréis á M. Tardieu el tiempo necesario para que llegue al palacio Mazarino, admitiendo siempre que el cardenal no esté hoy en Vincennes ó en Ruell.

—Pero, Besmaux no podéis tomar sobre vos esa providencia?

—Yo, amigo mío, obrar contra el tenor expreso de una carta de envío.

—Pero esa maldita carta no me concierne en lo más mínimo!

—Artagnan, vivimos en un tiempo en que las cosas cambian de aspecto con una rapidez casi prodijiosa.

—¿Qué queréis decir? Sospecháis que haya yo podido faltar á la adhesión ó á la fidelidad que he jurado al rey?

—Dios me libre, pero....

—Pero qué.... Besmaux me conocéis bastante, y creo que podréis muy bien sin comprometeros, volverme la libertad. Eso sería por cierto anticiparse á los deseos del cardenal, nuestro protector.

—¿Qué me pedís?

—Si insisto, Besmaux, es porque me interesa muchísimo. Ignoro lo que pasa; pero tengo el presentimiento de que una influencia oculta y fatal se coloca en este momento entre el cardenal y yo, y que su buena disposición hacia mi puede ser sorprendida. M. Tardieu

es un hombre honrado, á lo que creo, pero su rigidez natural se opone á que lo aparte de sus deberes, y además, no lo creo capaz de una complacencia exagerada. Besmaux, conocéis al cardenal, me conocéis á mí sobre todo y comprenderéis que uno ó dos minutos de conversación con Su Eminencia darían un resultado provechoso para mí.

—¿Pero qué os preocupa tanto, Artagnan, si vuestra conciencia no tiene nada que echaros en cara?

—No, ciertamente; pero las apariencias, la fatalidad... Vanos, Besmaux, qué diablo! no seáis tan rígido con un viejo camarada, con un amigo de la infancia.

—No, Artagnan, pero tengo enemigos que me envían, y el gobierno de la Bastilla no es tan de lo peor. Un momento de olvido, una indulgencia mal comprendida, mal interpretada sobre todo: podría comprometerme.

—¡Oh! bien! bien!... desde el momento en que vuestro interés está tan fuertemente en juego....

—¡Oh! no es mi interés....

—¡No! peste! Debeis estar orgulloso en este empleo, donde sois realmente distinguido, ya sé. Este castillo se encuentra hoy bajo un peo excelente; el orden es admirable, los gastos sabiamente calculados, y nadie puede dudar que en poco tiempo vuestra fortuna será considerable.

—¡Eh! Artagnan, no me digáis eso, bien sabéis que siempre he tenido una prudencia extremada.

—Sí, Besmaux, y os admiro francamente. Eso sería acaso motivo para turbar una existencia tan limpia como la vuestra. Qué es mi libertad, qué es mi vida comparada con tan grandes intereses?

—Sois cruel, Artagnan!

—No; os acepto tal como sois, hoy no es ayer, ya sabéis lo demás. Solamente, querido mío, que mientras sigáis así, en razón de la ley de la naturaleza que quiere que el apetito venga comiendo, pienso que vuestra riqueza os permitirán bien pronto realizar vuestro famoso sueño.

—¿Cual? preguntó Besmaux con cierta inquietud.

—Ser un Montlezun.

—¡Eh! yo no soy de aquella ilustre casa! exclamó el gobernador con vanidad.

—¿Quién dice lo contrario? exclamó Artagnan; pero se cuentan tan extrañas historias... Esperad, Besmaux, he aquí una que tiene su encanto y con la cual la nobleza de Guyena se entretiene todavía, porque es muy fresca.

—Perdonad, mi querido Artagnan, pero el tiempo se pasa, y...

—Oh! no es nada, escuchadme. Después me diréis vuestra opinión acerca de ella, porque cuento con referir a las reuniones del Louvre tan luego como salga de aquí.

—¡Y qué me importa!

—Sé muy bien que esto no os corresponde, pero el hecho ha pasado en el Béarn, de donde vengo, y sois de tan buen consejo... Escuchad y sentaos, os lo suplico; en ese cascabel de piedra estaréis más cómodo... sintiendo sobre manera no poder ofreceros un sillón.

—¿Qué amable estáis! dijo Besmaux con un acento muy visible.

—Estoy seguro de que mi relato os divertirá. Existe en Burdeos un cierto hidalguillo de muy miserable nobleza que lleva el nombre de una casa muy ilustre del Béarn, con la cual desea ardientemente emparentar. Ya deberéis comprender esto. Ese gentil-hombre no puede probar su decencia con aquel, si no es por parte de Adán y Eva, ó cuando más hasta Noé que se acerca más á nuestra era; pero habiendo sabido que todo se consigue con el dinero, nuestro héroe pensó llegar á su fin y propuso al jefe de la familia lo reconociera públicamente por pariente suyo, inscribiéndose en su árbol genealógico. El gentil-hombre bearnés que tenía tanta miseria como nobleza, debería, según se pensaba, aceptar desde luego; pero...

—¿A dónde vais á parar, Artagnan? preguntó Besmaux á quien se le iba encenando el rostro.

—Vas á verlo... Afortunadamente hay nobles de provincia que tienen la dignidad de pensar que se deshonrarían haciendo salir de su tronco gentes legítimas y á fe que tienen razón, así es que no obstante que

nuestro hidalguillo de... Guyena ofrecía más, siempre fué rechazado.

—¡Ya lo creo! dijo disgustado Besmaux.

—¡Oh! aún no concluyo, hijo mío...

El digno gentil-hombre murió, y su hijo fué más interesante que él. Una bagatela, dos mil luises de á once francos cada uno han hecho hacer á aquel muchacho, no solamente lo que su padre rehusó siempre, sino darle en venta todos sus títulos como si hubiera sido el primogénito de la casa.

—Vaya que es divertido vuestro cuento, Artagnan!

—¡Bah!... y no obstante el nombre que ahora lleva y los documentos que enseña á todos sus amigos para probarles que es de buena casa, todos creen, y yo el primero, que tiene tanta nobleza como mi criado Champagne respecto de mí. Y es verdad! también el conde Suze, que sostiene á Béfoit por M. de Condé y que es verdaderamente Champagne, no quiere reconocer á mi criado! Ello es cierto que éste no se atreverá á pedirlo porque no tiene veintidós mil libras que ofrecerle.

—¡Estáis loco, Artagnan! dijo Besmaux levantándose.

—¿Porqué? No debe desesperarse de nada en este mundo! M. Gaspar de Champagne, conde Suze, está hoy bastante pobre para hacer algo por una suma semejante, y aún para conformarse con la mitad. De manera que mi buen criado entrará tal vez un día en aquella casa de príncipes, si logra hacer fortuna y consigue que lo nombren algo como... como gobernador de una buena prisión de Estado!

—¡Artagnan, exclamó Besmaux dirigiéndose á la puerta, cuidado!

—Mi querido Besmaux, he encontrado en el Béarn á todos mis amigos de infancia, he jugado una partida de tric-trac la vispera de mi marcha con Montlezun, enriquecido súbitamente, y hemos hablado de vos.

—¿De mí?... preguntó Besmaux estremeciéndose.

—Esperad, vamos á dar un paseo por la azotea del castillo, y os lo contaré todo. Así como hace un mes que estoy encerrado en este calabozo, y necesito respirar aire.

Y pasando sin cumplimiento su brazo por el del go

bernador, salieron del calabozo con grande admiración del alcaide que se felicitó de no haber contribuido á las persecuciones de que fué objeto el preso y se puso á buscar á Sin Par en los subterráneos abandonados del castillo.

Besmaux, siempre prudente, en lugar de conducir á Artagnan por las azoteas en que los otros prisioneros se paseaban de ordinario, lo llevó á su jardín. Aquel jardín estaba situado sobre unas de las bajas murallas del recinto interior y expuesto al mediodía; de manera que los parisienses, más ávidos generalmente de aperibir á los prisioneros sobre las torres que daban frente á la calle ó á la puerta de San Antonio, se paseaban muy raramente por aquel lado del jardín.

Sin embargo, cuando se acercaron á las almenas, fueron saludados por un hombre obeso que seguido de un esportillo tiraba de un carrito de brazo y entraba en la fortaleza.

—Es el padre Pluchet! dijo Artagnan con alegría.

Un cuarto de hora después, un sargento vino á prevenir al gobernador que el teniente del crimen preguntaba por él con empeño!

—Sin duda se trata de vos dijo Besmaux á Artagnan, venid pronto, quiero que os interroge esta vez en mi gabinete.

—Esta vez como la primera no responderé á ninguna pregunta, os lo juro, Besmaux.

—Andaréis torpe, amigo mío.

—De la mujer del César no debió sospecharse nunca.

—Hacedme lo que queráis, pero . . .

—¿Y bien? . . . preguntó Artagnan.

—Me habéis prometido el secreto, caballero, acerca de . . .

—Sois Montlezun, ya entiendo.

Encontraron á M. Tardien en el gabinete del gobernador, acompañado de su escribano. La vista del ave de pluma hizo fruncir las cejas de Artagnan, y su seguridad ordinaria se encontró de repente disminuida al ver al magistrado y á su acólito que apenas le saludaron en tanto que á M. de Besmaux le hicieron extraordinarias reverencias, suplicándole que se alejara.

—Y bien, señor teniente del crimen, dijo Artagnan traéis ya la orden de ponerme en libertad?

—No se trata de eso, respondió el magistrado, no puede procederse tan aprisa.

—Tanto peor, señor, porque nunca es demasiado pronto para obligar á un hombre honrado.

—Señor, añadió severamente Tardien, cuando un hombre se encuentra entre las manos de la justicia, ante todas cosas debe justificarse. No os ocultaré que se os hace tan negro como el carbón.

—¿A mí?

—Por lo mismo, antes de creeros blanco como la nieve, es necesario que me deis vuestras pruebas.

—¿No habéis visto á Su Eminencia? preguntó el caballero.

—Voy á interrogaros sobre varias cosas y cuando hayais respondido, daré mi información á Su Eminencia para que decida.

—Ya os he dicho, señor, que no quiero sufrir ningún interrogatorio; no soy criminal ni de hecho ni de apariencia. No sé ni á quién ni á qué debo semejante tratamiento. He torturado bastante mi espíritu, y me es imposible adivinar en qué bases descansan las sospechas que se tienen de mí. He sido encerrado aquí hace dos semanas en un calabozo entregado á los tratamientos más groseros, y no sé cómo no me he vuelto loco. Sin embargo, me he consolado al reconocer que se me ha tomado por otro. Pero ahora, ahora que se sabe quién soy, retenerme un cuarto de hora más, es para mí más cruel que darme la muerte.

—Señor, necesitáis dar luz para salir.

—¿Y qué opinión tendrá de mí el mundo respecto á mi fidelidad, cuando sepa que he sido detenido en la Bastilla é interrogado como un criminal? Yo afirmaría que había sido tomado por otro, y no se me creería. El honor de un hombre no es menos delicado que el de una mujer; lo mancha una sola sospecha, y responder á un interrogatorio es aceptar esa misma sospecha.

—¡Eh! señor, si necesitara perder tanto tiempo todos los días con los que tengo encargo de interrogar, mi vida no sería suficiente para llenar la mitad de mis deberes.

—La justicia es ciega, y debe marchar á pasos lentos, no es un hombre, es una cosa, inmutable como Dios.

—Flores de retórica, caballero; vamos al caso. ¿Queréis responder, sí ó no, á las preguntas que voy á haceros?

—No.

—Entonces, me precisaréis á formar vuestro proceso como si fuérais mudo. He recibido orden expresa del señor cardenal.

—Obedezco esa orden.

—Cuidado, porque vuestra pretendida inocencia no os pondrá á cubierto de todas las formalidades que se observan con los otros criminales.

—¡Alto ahí, señor! estableced, os lo suplico, alguna diferencia entre los que enviáis todos los días á la horca y un hombre de honor acusado injustamente.

—¿Pero no queréis saber de qué se os acusa?

—Esto no acabaría nunca, dijo Artagnan con altanería; ordenan que se me lleve á mi prisión.

—Sin embargo, es preciso que tenga fin: indicadme uno.

—Hacedme salir inmediatamente.

—Es imposible.

—Entonces que Su Eminencia mismo venga á interrogarme.

Y tras esas palabras Artagnan saludó con gracia. Besmaux le conduxo de nuevo, y le dijo poniéndole en manos del sargento:

—Pensadlo bien, Artagnan, amigo mío.

—¿Es bien sincero lo que me decis, Besmaux?

—Os lo juro.

—Pues bien, probadlo. Id á ver al cardenal.

—Iré, Artagnan, contad con ello.

—Que me envíe á Navailles, y en Navailles diré todo.

Cuando Besmaux entró en su gabinete, M. Tardieu escribía y dictaba al mismo tiempo: después se levantó y seguido de su escribano se dirigió hacia el cuerpo de guardia. El teniente del crimen dijo algunas palabras al oído de Besmaux y éste se apresuró á mandar un oficial.

Pocos instantes después, M. Tardieu, el gobernador y el escribano salían escoltados por un destacamento de diez hombres armados de pesados mosquetes.

Detrás, seguía el hombre que llegó en la mañana con el magistrado, y cuya capa servía para ocultar un objeto voluminoso.

El cortejo entró en la torre de la Libertad; solamente que el hombre de la capa habia requerido en el camino á dos ayudantes del carcelero que le seguían con una repugnancia visible.

XXI

Vino la noche, Luis Vijié roía el pan de su comida, cuando con gran sorpresa suya se abrió la puerta de su calabozo.

Una luz vivísima se esparció en las tinieblas y á la flama de un gruesa antorcha vió entrar á tres personajes de los cuales dos tomaron lugar con gravedad en los asientos que les dispuso el carcelero.

Aquellos tres personajes eran el gobernador, M. Tardieu y el escribano.

La puerta, que quedó abierta un instante, permitió entrever en la sombra los uniformes de los soldados y la fisonomía sombría del hombre de la capa.

Vijié se estremeció involuntariamente á la vista de aquel aparato.

El teniente del crimen cambió algunas palabras en voz baja con el gobernador, quien se retiró en seguida, así como el carcelero, cerrando este último la puerta.

El magistrado comenzó por las preguntas ordinarias hechas á todo acusado, y el poeta respondió de una manera bastante satisfactoria á las preguntas relativas á su nombre, su edad y su nacimiento.

—¿Desde cuándo estáis en París? continuó.

—¿Desde cuándo estoy en la Bastilla? preguntó á su vez Vijié.

—Hace más de un mes, respondió M. Tardieu después de consultar sus notas.

—Entonces. . . . dijo Vijié, pero subsanando la falta que iba á cometer, se detuvo y dijo resueltamente: Entonces estoy en París desde hace cosa de tres meses.